

MÁS DE UN SIGLO SE ALARGA EL DÍA

CHINGUIZ AITMÁTOV

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE MARTA SÁNCHEZ-NIEVES FERNÁNDEZ



TÍTULO ORIGINAL: И дольше века длится день...

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

© Eldar Aitmatov 2023. All rights reserved.
© de la traducción, Marta Sánchez-Nieves Fernández, 2024.
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2024.
© de la ilustración de cubierta, Irene Galán, 2024.

Derechos exclusivos de traducción en lengua española: Automática Editorial S.L.



**Comunidad
de Madrid**

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición de la Comunidad de Madrid.



MINISTERIO
DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO,
DEL CÓMIC Y DE LA LECTURA



Lectura infinita
#pactoporlalectura

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura.

ISBN: 978-84-10141-01-8
DEPÓSITO LEGAL: M-21490-2024

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección y revisión: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: octubre de 2024

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

ÍNDICE

EL APEADERO BURANNY – 9

CAPÍTULO I – 9

CAPÍTULO II – 35

CAPÍTULO III– 61

CAPÍTULO IV – 77

CAPÍTULO V – 109

CAPÍTULO VI– 149

CAPÍTULO VII– 181

CAPÍTULO VIII – 203

LA NUBE BLANCA DE GENGIS KAN – 245

CAPÍTULO IX– 245

CAPÍTULO X– 455

CAPÍTULO XI – 475

CAPÍTULO XII– 487

ENCOMIENDA A DIOS... – 541

MÁS DE UN SIGLO SE ALARGA EL DÍA

CHINGUIZ AITMÁTOV

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE MARTA SÁNCHEZ-NIEVES FERNÁNDEZ



«Este libro, en lugar de mi cuerpo;
esta palabra, en lugar del alma mía...».

San Gregorio de Narek, *El libro de las lamentaciones*, s. X

EL APEADERO BURANNY

CAPÍTULO I

Se necesitaba mucha paciencia para buscar una presa por los pequeños barrancos secos y las quiebras abruptas y encalvecidas. Desde bien lejos, siguiendo el rastro de la carrera agitada y confusa, que casi mareaba, de algún bicho excavador, tan pronto cavando frenéticamente la madriguera de un *súslík* como quedándose de plantón a la espera de que un diminuto jerbo, oculto bajo un pequeño saliente de una antigua arroyada, saltara al fin a campo abierto, una hambrienta zorra cazarratones se acercaba lenta y constante a la línea del ferrocarril, a esa barrera terraplenada y oscura que se extendía en línea recta por la estepa, y que la atraía y espantaba al mismo tiempo, y por la que pasaban lanzados, ya en una, ya en otra dirección, haciendo temblar con fuerza la tierra a su alrededor, unos estruendosos trenes que dejaban, junto con el humo y la carbonilla, unos olores fuertes e irritantes que el viento arrojaba por la tierra.

Al caer el día, la zorra se agazapó a la vera de la línea del telégrafo en el fondo de un barranquillo, en una islita densa y elevada de acedera caballar, y hecha un ovillo pajizo junto a los tallos rojo oscuro densamente sementados, aguardaba impaciente la noche, alastrando nerviosa las orejas, prestando oído sin cesar al silbido fino del viento raso en la hierba muerta que susurraba con rudeza. Los postes del telégrafo también

aullaban aburridos. A estos, sin embargo, la zorra no les tenía miedo. Los postes siempre se quedan en el mismo sitio, no pueden perseguirte.

Pero el ruido ensordecedor de los trenes que pasaban velozes periódicamente le provocaban una y otra vez temblores intensos y hacían que se encogiera con más fuerza. Ante esa solera aullante, sentía con todo su cuerpecillo frágil, con todas las costillas, la fuerza descomunal de la pesadez geoaplastante y de la furia del movimiento de las composiciones y, aun así, sobreponiéndose al miedo y a la aversión a los olores ajenos, no se iba del barranquillo, esperaba su momento: con la llegada de la noche, las vías se volverían relativamente tranquilas.

Hasta aquí venía en contadas ocasiones, solo en casos de hambre excepcional...

En los intervalos entre trenes en la estepa reinaba una calma repentina, igual que después de un derrumbe, y en esa calma absoluta la zorra percibía en el aire un sonido indistinto a gran altura que la ponía en guardia, un sonido que moraba sobre la estepa crepuscular, apenas audible, que no pertenecía a nadie. O bien era un juego de las corrientes aéreas, o bien tenía que ver con un inminente cambio de tiempo. El animalillo lo sentía instintivamente y se paralizaba con amargura, se quedaba congelado, inmóvil, sentía ganas de aullar a pleno pulmón, de ladrar ante el confuso presentimiento de cierta desgracia general. Pero el hambre apagaba incluso esta señal de advertencia de la naturaleza.

Mientras se lamía las almohadillas de las patas, que habían sufrido por las carreras, la raposa estuvo un rato gañendo bajito.

Esos días refrescaba por las tardes, se encaminaban al otoño. Por las noches el terreno se enfriaba enseguida y, al amanecer, la estepa aparecía cubierta de la capa blanquecina,

cual tierra salina, de una escarcha transitoria. Se acercaba una época pobre, desoladora, para un animal estepario. Esa inusual caza que resistía en estos parajes en verano desaparecía a saber dónde: unos en parajes cálidos, otros en sus madrigueras, y había quien se marchaba a pasar el invierno a los arenales. Ahora todas las raposas se buscaban la comida correteando por la estepa en absoluta soledad, como si la variedad zorruna se hubiera borrado de la faz de la tierra. Los jóvenes de ese año ya habían crecido y se habían dispersado en varias direcciones, aunque por delante todavía quedaba la temporada amatoria, cuando los zorros empiecen a confluír desde todas partes para nuevos encuentros, cuando los machos vayan a meterse en peleas con la fuerza que tienen atribuida por la vida desde la creación del mundo...

Con la llegada de la noche la zorra salió del barranquillo. Se quedó a la espera un momento, aguzando el oído, y partió al trote al terraplén del ferrocarril, cruzando rápidamente y sin hacer ruido a uno y a otro lado de las vías. Aquí rebuscaba hasta dar con las sobras que los pasajeros tiraban por las ventanillas de los vagones. Le tocó correr un buen trecho siguiendo la plataforma del tren, olfateando objetos de todo género, irritantes y con un olor repugnante, hasta que dio con algo más o menos aprovechable. Todo el recorrido de los trenes estaba salpicado de trozos de papel y de periódicos arrugados, de botellas rotas, colillas, latas de conservas abolladas y otra basura sin valor. Especialmente fétido era el olor de los cuellos de las botellas que seguían intactas: apestaban a estramonio. Después de haberse mareado un par de veces, la zorra evitaba inhalar el aire espirituoso. Resoplaba y enseguida se apartaba de un salto.

Pero lo que ella necesitaba, para lo que se había estado preparando tanto tiempo, dominando el propio miedo, no

aparecía ni por equivocación. Con la esperanza de que todavía lograría comer algo, la zorra corría infatigable por el ferrocarril, sin dejar de corretear de un lado del terraplén al otro.

De pronto, contuvo el aliento en plena carrera, con la pata delantera un poco levantada, como si la hubieran pillado de improviso. Disolviéndose en la luz marchita de la luna alta y neblinosa, estaba cual espectro entre los raíles, sin hacer el más mínimo movimiento. El ruido lejano y sordo que la había puesto en guardia no desaparecía. De momento estaba demasiado lejos. Manteniendo el rabo en alerta, la zorra avanzaba indecisa paso a paso, dispuesta a apartarse de la vía. Pero en lugar de esto, se aceleró de repente, se puso a hurgar de acá para allá por el talud, todavía con la esperanza puesta en dar con algo que pudiera llevarse a la boca. Lo presentía: ahí estaba, enseguida se lanzaría sobre un buen hallazgo, aunque el asalto, temible y en continuo aumento, del rechino del tren y del golpeteo de centenares de ruedas se cernía inevitable. La zorra había tardado apenas una fracción de minuto, suficiente para moverse, para agitarse como una mariposilla aturdida, cuando de repente, en una curva, la sacudieron las luces cercanas y lejanas de unas locomotoras acopladas en una reata, cuando unos potentes faros, haciendo visible y deslumbrando todo el paraje situado por delante, blanquearon la estepa por un instante y desnudaron sin piedad toda su moribunda aridez. El tren rodaba arrollador por los raíles. El aire se llenó de olor a carbonilla acre y a polvo, golpeó el viento.

La zorra se apartó a toda prisa, volviendo la vista una y otra vez, pegándose a la tierra por el miedo. El monstruo de luces correteantes aún siguió retumbando y volando, las ruedas siguieron golpeteando. La zorra dio unos pocos saltos y de nuevo echó a correr con todas sus fuerzas...

Después se repuso y volvió a sentirse atraída por ese lugar, por el ferrocarril, donde podía saciar su hambre. Pero allí

delante, en la línea, de nuevo se divisaron unas luces, de nuevo un par de locomotoras arrastraba una larga composición de mercancías.

Entonces la zorra echó a correr por la estepa dando un rodeo, tras decidir que se llegaría a la vía en algún lugar por el que no pasaran trenes...

Los trenes en estos parajes circulaban del este al oeste y del oeste al este...

Y a los lados del ferrocarril se situaban, en estos parajes, enormes extensiones desiertas: Sary-Ozeki, las tierras Medias de las estepas amarillas.

En estas tierras cualquier distancia se medía conforme al ferrocarril, igual que si se partiera del meridiano de Greenwich.

Y los trenes circulaban del este al oeste y del oeste al este...

A medianoche alguien iba a verlo a la garita de guardagujas, mucho rato, con obstinación, al principio directamente por las traviesas, después, cuando apareció un tren en dirección contraria, se deslizó talud abajo y se abrió camino como en medio de una ventisca, protegiéndose con los brazos del viento y del polvo que salía a ráfagas desde debajo del rápido mercancías (a este lo seguía con paso libre una composición reservada, un tren especial que se fue después a un ramal particular, a la zona cerrada de Sary-Ozek-1, allí tenían un servicio viario propio, particular; se marchaba al cosmódromo, en resumen, y por eso el tren circulaba todo cubierto de lonas y con escolta militar en los vagones plataformas). Ediguéi enseguida adivinó que era su mujer quien tenía tanta prisa por verlo, y que no tenía tanta prisa así porque sí, que había una razón muy grave. Y así resultó después. Pero, de acuerdo con sus deberes del servicio, no estaba autorizado a ausentarse del lugar

mientras no pasara el último vagón de cola con el conductor en la plataforma abierta. Se hicieron señales con los faroles para indicar que todo estaba en orden en la vía, y solo entonces un Ediguéi medio ensordecido por el ruido se giró hacia su mujer, que al fin había llegado:

—¿Qué tienes?

Ella lo miró alarmada y movió los labios. Ediguéi no logró oírla, pero comprendió: era lo que él había pensado.

—Vamos a quitarnos del viento. —La condujo a la garita.

Pero antes de oír de sus labios lo que él mismo suponía, por alguna razón en ese momento lo que le dejó abatido fue algo bien distinto. Aunque ya antes había observado que se encaminaban a la vejez, en esta ocasión, por cómo se ahogaba ella después de la marcha rápida, por la intensidad con que su pecho roncaba y silbaba y por cómo, al mismo tiempo, los hombros enflaquecidos se le subían a una altura poco natural, se sintió mal por ella. La fuerte luz eléctrica de la pequeña garita ferroviaria completamente blanqueada dejó de repente al descubierto unas arrugas ya no reversibles en las mejillas oscurecidas con un tono azulón de Ukubala (y había sido ella de un moreno recio similar al tono del trigo, y sus ojos siempre habían irradiado un brillo negro), y luego estaba esa melladura de la boca que confirmaba una vez más que incluso una mujer que ha vivido mucho más de su época de esplendor no debe andar desdentada (hacía mucho que tenía que haberla llevado a la estación para que le pusieran dientes de metal; ahora todos, los mayores y los jóvenes, los llevan), y, además, los mechones canos del pelo, blancos, muy blancos, que se le desparramaban por la cara por debajo del pañuelo caído, le desgarraban dolorosamente el corazón. «Ay, cómo te me has envejecido...», su alma se apiadó de ella con un sentimiento abrumador de cierta culpa propia. Y, por esto, lo atravesó con más fuerza ese agradecimiento

callado que había aparecido por todo a la vez: por todo lo que habían vivido juntos en tantos años y, sobre todo, porque hubiera venido corriendo por las vías ahora, en mitad de la noche, al punto más lejano del apartadero por respeto y por deber, porque sabía lo importante que era para Ediguéi, sí, había venido corriendo para comunicarle la muerte del viejo Qazanghap, un anciano solitario que había muerto en una choza vacía hecha de arcilla y paja, porque comprendía: Ediguéi era el único en el mundo que se tomaría en serio el final de un hombre abandonado por todos, aunque el difunto no era nada de su marido.

—Siéntate, recupera el aliento —dijo Ediguéi, cuando estuvieron dentro de la garita.

—Siéntate tú también —dijo ella al marido.

Se sentaron.

—¿Qué ha pasado?

—Qazanghap ha muerto.

—¿Cuándo?

—Pues justo acabo de asomarme a ver cómo estaba, pensé que quizá necesitaba algo. Entro, hay una luz prendida y él está en su sitio, lo único que la barba era como si la tuviera de punta, como levantada hacia arriba. Me acerco. Qazake, le digo, Qazake, ¿no querrá un té calentito? Pero él ya... —La voz se le quebró, las lágrimas le brotaron en los párpados enrojecidos y afinados y, tras un sollozo, Ukubala se echó a llorar quedamente—. Cómo han salido las cosas al final, ya ves. ¡Qué hombre fue! Pero ha muerto sin nadie que le cerrara los ojos —se lamentó llorando—. ¡Quién lo hubiera pensado! Que un hombre pueda morir así... —iba a decir como un perro en un camino, pero se calló, no merecía la pena precisarlo, ya había quedado claro...

Mientras escuchaba a su mujer, Ediguéi Buranny —así lo llamaban en la región, puesto que llevaba sirviendo en el

apartadero de Boranly-Buranny desde los días en que regresó de la guerra— estaba sentado con aire sombrío en un banco supletorio con las manos pesadas y recias, como un tronco nudoso, sobre las rodillas. La visera de su gorra de ferroviario, bastante sucia y desgastada, le hacía sombra en los ojos. ¿En qué estaba pensando?

—¿Qué vamos a hacer ahora? —dijo la mujer.

Ediguéi levantó la cabeza, la miró con una sonrisa amarga.

—¿Qué vamos a hacer? ¡Lo que se hace en estos casos! Vamos a darle sepultura. —Se incorporó de golpe, como un hombre que ya ha tomado una decisión—. Esto harás tú, mujer, regresarás enseguida. Y, ahora, escúchame.

—Te escucho.

—Despierta a Ospán. No tengas en cuenta que es el jefe del apartadero, eso no importa, ante la muerte todos somos iguales. Dile que Qazanghap ha muerto. Cuarenta y cuatro años ha estado trabajando el hombre en un mismo lugar. Puede que Ospán ni hubiera nacido todavía cuando Qazanghap empezó aquí, y a ningún perro y por ningún dinero lo arrastrabas hasta aquí, a las tierras sarozekas. Cuántos trenes habrán pasado por aquí durante toda su vida, faltan pelos en la cabeza para contarlos... Que lo piense bien. Díselo así. Y otra cosa, atiende...

—Te escucho.

—A continuación despiertas a todos. Da golpecitos en las ventanas. ¿Cuántas personas somos aquí?, ocho casas, con los dedos de las manos se cuentan... Levanta a todos. Nadie debe dormir el día en que ha muerto un hombre así. Levanta a todos.

—¿Y si empiezan a protestar?

—Nuestra tarea es informar a todos y cada uno, y que protesten si quieren. Diles que yo he ordenado que los despertaras. Hay que tener conciencia. ¡Espera!